

Temas de Cultura e Civilização Hispânicas

**Antionelle Menezes Souza
Carlos Augusto Santos Vieira
Marcio Carvalho da Silva
Valéria Jane Siqueira Loureiro.**



**São Cristóvão/SE
2016**

Temas de Cultura e Civilização Hispânicas

Elaboração de Conteúdo

Antionielle Menezes Souza
Carlos Augusto Santos Vieira
Marcio Carvalho da Silva
Valéria Jane Siqueira Loureiro.

Projeto Gráfico

Neverton Correia da Silva
Nycolas Menezes Melo

Capa

Hermeson Alves de Menezes

Diagramação

Marcio Roberto de Oliveira Mendonça

Copy Desk

Flávia Ferreira da Silva Rocha

Presidente da República
Dilma Vana Rousseff

Ministro da Educação
Aloizio Mercadante Oliva

Diretor de Educação a Distância
João Carlos Teatini Souza Clímaco

Reitor
Angelo Roberto Antonioli

Vice-Reitor
André Maurício Conceição de Souza

Chefe de Gabinete
Marcionilo de Melo Lopes Neto

Coordenador Geral da UAB/UFS
Diretor do CESAD
Antônio Ponciano Bezerra

Coordenadora-adjunta da UAB/UFS
Vice-diretora do CESAD
Djalma Andrade

Diretoria Pedagógica
Clotildes Farias de Sousa

Diretoria Administrativa e Financeira
Pedro Henrique Dantas Dias

Coordenação de Cursos
Djalma Andrade

Coordenação de Pós-Graduação
Fábio Alves dos Santos

Coordenação de Formação Continuada
Rosemeire Marcedo Costa

Coordenadores de Curso
Denis Menezes (Letras Português)
Eduardo Farias (Administração)
Elaine Cristina N. L. de Lima (Química)
Paulo Souza Rabelo (Matemática)
Hélio Mario Araújo (Geografia)
Lourival Santana (História)
Marcelo Macedo (Física)
Silmara Pantaleão (Ciências Biológicas)
Maria Augusta Rocha Porto (Letras Inglês)

Coordenação Geral de Tutoria
Ana Rosimere Soares

Coordenação de Avaliação
Hérica dos Santos Matos

Coordenação de Tecnologia da Informação
Hermeson Menezes

Assessoria de Comunicação
Guilherme Borba Gouy

Coordenadores de Tutoria
Laura Camila Braz de Almeida (Letras Português)
Ayslan Jorge Santos da Araujo (Administração)
Viviane Costa Felicíssimo (Química)
Danielle de Carvalho Soares (Matemática)
Givaldo dos Santos Bezerra (Geografia)
Carolina Nunes Goes (História)
Frederico Guilherme de Carvalho Cunha (Física)
Luzia Cristina de M. S. Galvão (Ciências Biológicas)
Ana Lúcia Simões Borges Fonseca (Letras Inglês)

COORDENAÇÃO DE MATERIAL DIDÁTICO

Hermeson Menezes (Coordenador)
Marcio Roberto de Oliveira Mendonça

Neverton Correia da Silva
Nycolas Menezes Melo

UNIVERSIDADE FEDERAL DE SERGIPE
Cidade Universitária Prof. "José Aloísio de Campos"
Av. Marechal Rondon, s/n - Jardim Rosa Elze
CEP 49100-000 - São Cristóvão - SE
Fone(79) 2105 - 6600 - Fax(79) 2105- 6474

Sumário

AULA 1	
Pueblos prerromanos	07
AULA 2	
Expansión Musulmana	23
AULA 3	
Reconquista Cristiana.....	37
AULA 4	
Conquista de América.....	51
AULA 5	
Identidad Cultural: Brasil e Hispanoamérica	63
AULA 6	
Cultura Revolucionaria: Cuba y México	73
AULA 7	
Dictaduras, conflictos y relación entre EUA y Brasil.....	87
AULA 8	
Hispanidad.....	99
AULA 9	
Fenómenos Culturales en España.	107
AULA 10	
Fenómenos Culturales en América Hispánica	129

Aula 1

PUEBLOS PRERROMANOS

META

Capacitar al alumno para conocer la historia de la antigua Iberia, en particular a las personas que habitaban la región (presente en la actualidad Portugal, España y Andorra) antes de la invasión romana, que se inició el año 218. C.

OBJETIVOS

Al final de esta clase el alumno deberá ser capaz de:
Conocer la formación de la Península Ibérica;
Reconocer los principales pueblos que habitaban la Península Ibérica antes de la romanización;
Identificar el arte ibérico producido por los antiguos pueblos de la región.

PRERREQUISITOS

Para hacer un buen uso y asimilación de los contenidos propuestos, es de suma importancia establecer “una mirada” interdisciplinar entre algunas áreas del conocimiento como historia, geografía, arte y arqueología, con el fin de comprender mejor el tema.

Antionielle Menezes Souza
Carlos Augusto Santos Vieira
Marcio Carvalho da Silva
Valéria Jane Siqueira Loureiro.

INTRODUCCIÓN

Esta clase tendrá como base el trabajo *Breve historia de los íberos* del historiador catalán Jesús Bermejo Tirado. En una investigación detallada llevada a cabo por el autor que es posible observar la importancia de los pueblos antiguos que habitaron la región, a partir de los descubrimientos arqueológicos de artefactos artísticos. Conocer la historia de la formación del mundo ibérico será de gran importancia para la conservación de la cultura tradicional de los pueblos antiguos, como los ibéricos, tartessos, cónicas y celtas, entre otros. Aparte de autor anterior y su contribución a la historia y la arqueología en la Península Ibérica, tendrá como investigador estudios de subvenciones Lorenzo Abad Casal, cuyas consideraciones llevan en cuenta a los tartessos y el origen de la cultura ibérica.

EL PROBLEMA DE LOS ORÍGENES

Son muchos los estudiosos que han intentado establecer una explicación a cerca del origen de una de las culturas con más personalidad en el antiguo occidente mediterráneo. El problema de su origen se ha tropezado con una serie de problemas arqueológicos que han supuesto que las interpretaciones hasta ahora propuestas resulten poco fiables. El principal de estos problemas es el desconocimiento absoluto de la lengua (o las lenguas) ibéricas. Su hipotética alineación con grandes troncos lingüísticos, de manera similar al indoeuropeo o las lenguas bereberes de origen norteafricano, se ha utilizado para buscar una posible vinculación a orígenes de diversas zonas geográficas, sobre todo desde puntos de vista historicistas tradicionales, muy utilizados en la Europa del XIX y que tendían a buscar la explicación de los cambios en invasiones y conquistas de tipo militar.

Hoy descartamos una explicación de este tipo para buscar los orígenes del iberismo en nuestro territorio. Es por lo tanto la arqueología, es decir el estudio de los objetos depositados en el terreno, nuestra única guía para la búsqueda de una explicación satisfactoria. Descartado un origen norteafricano por la mayoría de los expertos actuales, hoy se tiende a poner el acento en la propia evolución interna de las poblaciones peninsulares influidas por aportes provenientes de gentes venidas de Grecia y Fenicia, o dicho de una manera más genérica, de otros lugares del Mediterráneo, por lo menos desde el siglo VIII a.C., por muy diversas razones.

Estos dos puntos de vista, interno y externo, deben ser tenidos en cuenta para comprender de manera más idónea el surgimiento de esta cultura. Esta propuesta para encontrar el origen de lo ibérico nos obliga a buscar un precedente en lo que los investigadores y las fuentes escritas han llamado Tartessos. La mítica ciudad, mencionada en numerosos textos, tanto clásicos como de origen oriental como la propia Biblia (en la que se mencionan las

naves de Tarsis), ha sido uno de los temas más tratados por la arqueología española de los últimos cien años. Tras sus huellas han ido generación tras generación de arqueólogos españoles, franceses y alemanes intentando descubrir los restos de la supuesta capital del reino donde gobernaba el legendario Argantonios, el longevo rey que acogió a Colaïos de Samos, un navegante griego que fue arrastrado, según cuenta Heródoto, hasta las costas andaluzas por una tormenta. La mítica Tartessos, entendida como una ciudad, fue el blanco de numerosas rebuscas de arqueólogos que, con escasa fortuna y con los textos antiguos en la mano, intentaron sin éxito su localización en lugares tan dispares como la costa de Málaga, Cádiz, el Coto de Doñana o la ciudad de Huelva. Muchos de estos arqueólogos e historiadores elaboraron un origen helenizante para Tartessos intentando buscar las huellas de las antiguas navegaciones que, desde el Bronce Final, llevarían a los sucesores de los antiguos aqueos a arribar las costas de Iberia formando el germen de lo que se pasaría a denominar cultura Tartésica. Estos arqueólogos, algunos de los cuales se encontraban muy influidos por la ideología del momento, muy extendida por Europa a partir de los años veinte, negaron sistemáticamente cualquier tipo de influencia fenicia en la colonización antigua de la península ibérica. Paradójicamente, algunos de los seguidores de esta tendencia, en su carrera por convertirse en los descubridores de la capital de este reino, fueron descubriendo los restos de una profunda y amplia presencia fenicia en nuestras costas y por lo tanto han sido los causantes de la verdadera conciencia de la influencia oriental en lo que pudo ser Tartessos y en el origen del mundo ibérico. Poco a poco se fueron descubriendo los restos de una serie de asentamientos fenicios, más o menos vinculados al centro redistribuidor de Gadir (la actual Cádiz), que prueban el trasvase de gentes, y sobre todo de ideas, desde las ciudades de la costa fenicia, en especial de Tiro.

Estos descubrimientos fueron probando la existencia de un comercio continuado entre gentes venidas del Oriente mediterráneo y los indígenas, lo que solo es explicable mediante el desarrollo, por parte de los antiguos navegantes fenicios, de técnicas de navegación astronómicas, desarrolladas por los caravaneros de las rutas de comercio de los desiertos de Siria y Arabia, y de la ingeniería naval, fabricando naves tan efectivas como los famosos *hippoi* (caballos en griego, en referencia a los motivos con que estos hombres del mar decoraban las proas de sus naves) o los *gôlah* (voz semita similar al griego *gaulos*, que significa bañera).

Poco a poco el desarrollo de las tecnologías náuticas fue permitiendo la llegada cada vez más frecuente de gentes venidas del Oriente mediterráneo entre los siglos VIII-VI a.C. Esta época en la que se produce un aumento de los materiales e influencias culturales de origen oriental en todo el Mediterráneo, incluyendo a Grecia, la Italia lacial, Etruria y por supuesto la península ibérica, se conoce por los arqueólogos con el nombre de orientalizante y supone un auténtico movimiento cultural en todo

el Mediterráneo antiguo. Poco después, los navegantes griegos también iniciaron un periodo de contactos con las poblaciones autóctonas del Mediterráneo occidental, en el que destacaron los habitantes de Focea, ciudad griega de la antigua Asia Menor, región que actualmente se puede asimilar a la costa de la actual Turquía. Según el historiador griego Heródoto, los foceos entraron en contacto con el rey local Argantonios quien les entregó plata suficiente como para financiar la defensa de su ciudad frente al gran enemigo persa que acechaba a sus puertas. Los foceos fundaron la colonia de Massalia, actual Marsella en la ribera mediterránea francesa, que sirvió de punto de partida para el establecimiento de las dos únicas fundaciones de origen griego que la arqueología ha logrado documentar en territorio español, Emporion y Rhode (actuales Ampurias y Rosas, en la provincia de Gerona). Pero pese a que, de momento, la presencia griega en asentamientos parece circunscribirse a una serie de áreas muy concretas, su influencia fue mucho mayor, a juzgar por la gran cantidad de objetos de procedencia helénica que se encuentran en nuestro litoral. Los hallazgos de buques hundidos, como el del puerto de Pollença (Mallorca), fechado en el siglo VI a.C., o los de armas, como el casco corintio de la Ría de Huelva o el de Jerez de la Frontera, nos señalan un ambiente de navegantes-guerreros que se aventuraban por nuestros ríos en busca de nuevos mercados para comerciar exponiéndose a la posible hostilidad de los nativos. Se trata de una época de descubrimientos y exploraciones que podría asemejarse a una especie de FarWest, lejano oeste ibérico, una época de riesgo en la que aventureros, mercenarios y comerciantes convivirían en nuestro territorio en busca de las inmemoriales riquezas de Tartessos.

Hoy, cuando ya casi no tenemos la esperanza de encontrar la mítica ciudad, llamamos tartésico a lo que produjeron los nativos peninsulares de los valles del Guadiana y del Guadalquivir durante la época orientalizante, una sociedad muy relacionada con los colonos y comerciantes fenicios que buscaron fundamentalmente un aprovechamiento minero de algunas de las zonas más ricas de las serranías de las cordilleras ibéricas. También es cierto que muchos de ellos se asentaron en pequeños establecimientos de la costa dedicándose principalmente a la pesca y al aprovechamiento agrícola de las fértiles tierras del sur de Andalucía. El contacto entre las elites autóctonas y estos navegantes y colonos del oriente mediterráneo provocó que llegasen a nuestras costas una serie de rasgos culturales y procesos tecnológicos que posibilitaron la introducción de la península ibérica en las corrientes económicas del Mediterráneo antiguo. Entre esos aportes destacan algunos como la cerámica a torno, la extracción y tratamiento del metal por medio de técnicas mineras y metalúrgicas avanzadas, novedades arquitectónicas como las casas de planta rectangular, así como ciertos tipos de paramentos propios del ámbito oriental, por poner solo algunos ejemplos. Pero, por encima de todos ellos, uno de los principales avances lo encontramos en la introducción de la escritura, lo que abrió nuevos horizontes en los procesos

de transmisión de la información. Aunque, de momento, no sepamos la profundidad con que se introdujo la escritura en los ambientes indígenas, el mero hecho de su introducción en fechas que podrían remontarse al siglo VII o VI a.C. nos indica que los primeros alfabetos peninsulares podrían haber sido elaborados al mismo tiempo o incluso antes que el alfabeto griego arcaico. Pero, además de adelantos tecnológicos, también se introdujo una serie de elementos culturales y artísticos que, por supuesto, han tenido su reflejo en el registro arqueológico. La penetración cultural en algunos casos llegó a ser tan profunda que alteró patrones de comportamiento tan arraigados en las sociedades como los rituales funerarios o los elementos de la religión.

Ese horizonte de hibridación entre ambos mundos, el de los colonizadores y el de las élites autóctonas, no debe entenderse como un fenómeno de conquista militar como el que se produjo durante la Edad Moderna en la América colonial, más bien se trata del estrechamiento de una serie de conexiones en el que los intereses fenicios y griegos podían cubrirse desde una serie de centros establecidos o desde una delegación estable en los propios asentamientos indígenas. No es muy difícil imaginar cómo determinados individuos de la elite autóctona aprovecharon su relación con los navegantes del lejano oriente para dotarse de un manto de prestigio con el que legitimar la preeminencia sobre otros asentamientos, asimismo estos régulos incipientes se beneficiaban de algunos progresos tecnológicos y artísticos que los griegos y fenicios podían proporcionarles, como adelantos arquitectónicos en las fortificaciones de sus asentamientos o nuevas formas de expresión plástica como la gran escultura en piedra, que será introducida y reelaborada por los artesanos ibéricos, de manera que adapten esquemas ideológicos grecofenicios a la idiosincrasia propia de los príncipes ibéricos. Por el contrario, los contratistas (por utilizar una terminología más cercana a nuestra época) griegos y fenicios se aprovechaban del comercio de las materias primas que abundaban en nuestra península, principalmente metales y productos agropecuarios, y se aseguraban su introducción en los mercados interiores de Iberia.

Pronto ese tráfico empezó a producir auténticas redes incipientes de comercio, lo que provocó la creación de vías de comunicación entre las diversas regiones de la península ibérica. Estas redes de comunicación se establecieron en torno a la Vía de Herakles, la gran vía de comunicación de la Iberia prerromana que penetraba desde el sur de Francia y conectaba, siempre discurriendo en paralelo a la costa, todas las poblaciones del mundo ibérico hasta la zona de Gadir (Cádiz), donde estaba el gran puerto del Océano. Esta era, junto a la navegación por el Mediterráneo, la única gran vía de comunicación que existió en territorio indígena hasta la época romana, pero ello no significa que no existiesen otras rutas de comunicación hacia el interior de la península, principalmente los cursos de los ríos y valles que penetran desde la costa levantina hacia áreas del interior. En el caso de algu-

nos ríos podemos afirmar que eran navegables hasta zonas más interiores de lo que lo son en la actualidad, de lo que tenemos un excelente ejemplo en el caso del Guadalquivir. Los estudios sobre el paisaje en la antigüedad nos indican que este río fue navegable por embarcaciones mercantes hasta la zona de la antigua Corduba (Córdoba), y la actual ciudad de Sevilla estaría situada en línea de costa por la existencia de un estuario que los romanos denominaron Lacus Ligustinus. Los pasos montañosos, pequeños valles y corredores naturales se convirtieron en un auténtico acicate para la creación de pequeños puestos que controlasen estratégicamente esas vías por las que discurrían los productos iniciando una época de dominación territorial entre las surgentes elites.

Hasta ahora hemos hablado mucho de las gentes venidas del otro lado del Mediterráneo pero, ¿con quiénes se encontraron estos aventureros, comerciantes, guerreros, mercenarios y navegantes al llegar a la península? ¿Con qué gentes tuvieron que comunicarse, intercambiar productos, luchar o convivir? Durante la Edad de Bronce habían surgido una serie de focos que se expandieron por determinadas áreas a juzgar por los restos arqueológicos que se pueden encontrar en todo nuestro territorio. La investigación actual no se pone de acuerdo en realizar una concreta caracterización arqueológica de estos focos culturales y, de momento, solo se pueden adscribir a un territorio de manera muy imprecisa. Lo que sí sabemos es que en la vertiente mediterránea de Iberia, que coincide a grandes rasgos con el área de desarrollo de lo ibérico, empiezan a producirse una serie de cambios iniciándose un proceso que terminará por dar paso al surgimiento de una nueva época: la Edad de Hierro. Esta época de cambios se ha querido denominar de muchas maneras pero la mayoría de expertos coincide en referirse a ella como Bronce Final. Durante este periodo, que se puede situar entre los siglos XI y VIII a.C., y durante el posterior orientalizante, las sociedades autóctonas de esta vertiente peninsular comienzan un proceso de cambio que terminará por iniciar el desarrollo de la sociedad ibérica. Hemos hecho referencia a Tartessos como un fenómeno de aculturación de unas elites autóctonas, es decir, como un fenómeno que afectó a un segmento muy reducido de la población. Este proceso al que nos referimos ahora debería ser entendido como más amplio y profundo y afectó a la totalidad de los naturales del área ibérica y posteriormente del interior de la península.

Arqueológicamente, estos cambios se detectan a través, por ejemplo, de las variaciones en el patrón de habitación. Los núcleos de habitación se reorganizan y tienden a dotarse de una serie de medidas de defensa arquitectónica de manera elaborada. Los taludes y acumulaciones de rocas se sustituyen por incipientes muros de mampuestos y en algunos lugares, como en Puente Tablas (Jaén), acabarán por surgir auténticos bastiones defensivos, lo que supone una innovación técnica notable en la defensa de los centros. Además, algunas de estas construcciones defensivas están realizadas con paramentos de gran tamaño y peso que los antiguos denomi-

naban «ciclópeos» en la creencia de que solo estos seres fantásticos poseían la suficiente fuerza como para amontonar semejantes rocas. Esos mismos asentamientos comienzan a planificarse, con lo que tenemos indicios del surgimiento de un incipiente urbanismo. En el poblado de El Oral (Alicante), aunque ya en pleno proceso de formación de lo ibérico, tenemos documentada la utilización de estructuras que sirven como soporte a más de un edificio, lo que prueba la planificación, cuando menos inmediata, de las formas más óptimas de construcción.

Estos cambios arquitectónicos darán lugar a un tipo de asentamiento muy extendido dentro del mundo ibérico. Se trata de poblados en alto, aprovechando las ventajas estratégicas de las defensas naturales y de la visibilidad que la altura proporciona, dotadas del entramado defensivo que comentábamos más arriba. Su aspecto imponente todavía puede apreciarse en las campiñas de Córdoba, Jaén o en el paisaje de Alicante. En algunos casos llegaron a convertirse en auténticas ciudadelas fortificadas a las que los exploradores romanos se referían con la palabra *oppidum* o *castellum*.

Pero para realizar todas esas grandes obras era preciso tener una autoridad que ordenara y coordinara el esfuerzo de los grupos de personas que eran necesarias para extraer y montar todos esos grandes bloques de piedra. La «arqueología de la muerte», de las necrópolis², nos ha permitido en muchos casos conocer mejor cómo se fue produciendo ese fenómeno de evolución y jerarquización de la sociedad. Si durante la Edad de Bronce las diferencias en los enterramientos se deben en su mayoría a criterios de edad, sexo y familia, durante el Bronce Final asistimos a diferenciaciones de enterramientos sobre la base de criterios no biológicos (niño-adulto; hombre mujer; familiar-no familiar). A partir de ahora, los ajuares y el ritual de enterramiento empiezan a poder interpretarse desde un punto de vista social donde el militar, el guerrero, en definitiva, el aristócrata comienza a diferenciarse de otros enterramientos más modestos y sobre todo sin una panoplia de armas que acompañe al difunto. El hallazgo, aunque en fechas posteriores, de restos de carros de caballos en enterramientos como Toya (Jaén) puede ser interpretado más que como una arma de utilización exclusiva en el campo de batalla como un signo de distinción social de su poseedor. Las necesidades de objetos exóticos y costosos que confirmen su nivel social, como la cerámica griega o la importación de elementos artísticos que utilizar en sus monumentos funerarios, fueron una de las principales razones de ser del desarrollo de un contacto continuado con los elementos fenicios y griegos que comentábamos más arriba.

La agrupación de esas aristocracias en algunas poblaciones dará lugar al surgimiento de auténticos centros primarios en torno a los que se establecerá un dominio de tipo territorial. Este interés estratégico por el dominio del territorio se puede apreciar arqueológicamente a través de yacimientos de claro carácter secundario que se dispersaban por el territorio como medio de asegurar un control militar sobre de terminadas áreas que implicaban

vías de comunicación, como los valles de ríos o los pasos para penetrar en la meseta, o bien para integrar el mayor número posible de explotaciones agropecuarias dentro del dominio del príncipe de turno. Un ejemplo muy claro de este tipo de estrategias lo encontramos en la provincia de Valencia, en un gran oppidum ibérico asentado sobre el Tossal de Sant Miquel de Lliria. Este establecimiento, famoso por su cerámica con decoraciones figuradas, cuenta con una gran densidad de construcciones siendo el centro principal de una región, la antigua Edetania, que incluye, a grandes rasgos, el centro y el norte de la provincia valenciana y parte del territorio castellonense. En torno a este núcleo principal poco a poco fueron surgiendo una serie de centros de carácter dependiente que se explican como consecuencia de la dominación territorial de los antepasados de los régulos ibéricos. Lugares como el Puntal del Llops o el Castellet de Bernabé se explican como consecuencia de políticas similares. La descripción del Puntal es la de un pequeño hábitat, de no más de veinte casas, sobre una elevación del terreno que domina estratégicamente un paso contiguo. Dotado de una muralla defensiva e incluso de un pequeño bastión que protegía la zona más vulnerable del recinto, la entrada, debemos imaginarnos un centro mantenido como medio efectivo de extensión territorial de las elites instaladas en el Tossal de Sant Miquel.

El alto valor estratégico de algunos de estos entramados de establecimientos en torno a centros secundarios también puede medirse sobre la base de un criterio geográfico de fácil comprobación, la visibilidad. Estudios arqueológicos recientes han demostrado que existía una relación de visibilidad entre distintos establecimientos ibéricos de una zona de manera que se podía conseguir una comunicación secuencial en todas las áreas de una región como forma de comunicación ante cualquier contingencia de tipo bélico. La implantación territorial de los señores guerreros ibéricos será otra de las constantes a la hora de la creación de una plástica con la que inmortalizar su imagen y prestigio para la eternidad.

La evolución de los usos agropecuarios, marcados fundamentalmente por la introducción de herramientas de faena más avanzadas y resistentes, características de los comienzos de la Edad de Hierro en el Mediterráneo, supuso otra de las características principales de este proceso de cambios del que surgirá el iberismo. La amplitud de rendimientos y beneficios producidos por estos factores se puede detectar arqueológicamente con algunos ejemplos concretos como el de los numerosos silos para almacenar el grano de Ullastret (Gerona), reflejo de un excedente agrario con el que la clase dominante indiketa, la facción ibérica que se desarrolló en la zona, financiaba los numerosos productos cerámicos griegos así como la prestación de servicios variados, provenientes seguramente del cercano centro de Ampurias, que se documentan en el yacimiento.

Pero también se producen cambios en ámbitos tan eminentemente conservadores como el mundo de las creencias religiosas. En esta época

asistimos al surgimiento de santuarios, es decir, lugares sagrados donde el devoto se pone en contacto con la divinidad. Algunos de estos lugares que eran la sede de cultos desde épocas ancestrales ahora reciben la atención de varios centros cercanos en el territorio. En algunos casos, seguramente llegó a producirse una identificación comunitaria en torno a estos santuarios siendo probablemente igual el dominio de un centro principal que el radio de acción de uno de estos santuarios.

Abrigos, cuevas o elevaciones del relieve que empiezan a recibir signos de un tipo de culto diferente al que tradicionalmente se habían consagrado los habitantes de la región. El santuario de Despeñaperros (Jaén) contiene todos los elementos orográficos para entender su sacralización, aun hoy la belleza de ese paisaje resulta cuanto menos evocadora. En torno a él se desarrollaron una serie de rituales cuya huella arqueológica más visible la tenemos en los numerosos exvotos (más de 6.000 conocidos), ofrendas a la divinidad con forma de figuritas de bronce que se conservan en nuestros museos. La mayoría de estas figuras, de carácter antropomorfo, nos dan muchas pistas para intentar caracterizar las formas religiosas de la época. Algunos de ellos están provistos de un exagerado falo como forma de petición relacionada con la fecundidad o la virilidad. Otras, por el contrario, tienen forma de carro tirado por mulas, lo que se ha interpretado como referencia a los ritos de tránsito pese a que su importancia como paso comunicativo entre diversas demarcaciones no fue tan grande a lo largo de la protohistoria como lo es en la actualidad.

Otro tipo de cultos con base territorial son los que tenían un marcado carácter heroico. El culto a un héroe, fundador de la dinastía y mítico creador del orden aristocrático de una zona, es una constante en el desarrollo de toda una serie de comunidades del Mediterráneo. En los últimos años se ha documentado un ejemplo único de este tipo de cultos en el área ibérica en el santuario de El Pajarillo (Huelma, Jaén), donde se han recuperado una serie de esculturas que hacían una clara referencia a este tipo de creencias religiosas.

Todos estos cambios deben insertarse dentro de un proceso de definición que terminó por crear las comunidades autóctonas con las que los navegantes mediterráneos tuvieron que interactuar. Pero no han sido únicamente estos aportes los que han influido en la formación de la cultura ibérica, también debemos hablar de otra clase de contribuciones, las provenientes de la prehistoria centroeuropea, que normalmente son ignoradas o minimizadas por los especialistas de lo ibérico.

El inicio de la Edad de Hierro (s. IX a.C. aproximadamente) en la región centroeuropea se caracterizó por la eclosión de un foco cultural que en sus diversas variantes tuvo una expansión muy amplia por gran parte de la Europa continental. Los arqueólogos alemanes que estudiaron este fenómeno cultural lo denominaron Campos de Urnas, debido a un tipo de enterramiento que se caracterizaba por la cremación del cadáver y la de-

posición de sus restos dentro de una urna cerámica. Agrupaciones de este tipo de enterramientos se han documentado desde la frontera de la Europa del Este hasta penetrar en la península ibérica. Además, y precisamente asociadas a este tipo de prácticas funerarias, se han encontrado algunos otros objetos como determinados tipos de armas y demás piezas metálicas que han servido para completar su imagen. Nuestro desconocimiento de su lengua, su sociedad, o de casi cualquier aspecto no vinculado con algún tipo de consideración de estas gentes como una entidad cultural definida y concreta hacen que nuestro verdadero conocimiento del fenómeno de los Campos de Urnas sea muy pequeño.

El viejo paradigma académico de los historiadores alemanes del siglo XIX y principios del XX, en el que las explicaciones invasionistas estaban a la orden del día, hizo que esa extensión que supuestamente tuvieron los Campos de Urnas se explicara como el reflejo de una serie de conquistas militares de gentes que se habían expandido desde algún centro originario de Centroeuropa. Desde esta perspectiva, en la que la explicación de cualquier cambio cultural es tan fácil como argumentar una guerra de conquista, los Campos de Urnas eran el reflejo de gentes aguerridas que, provistas de armas, buenos caballos y una fiereza insondable, se lanzaban a la conquista de vastos territorios con un éxito arrollador.

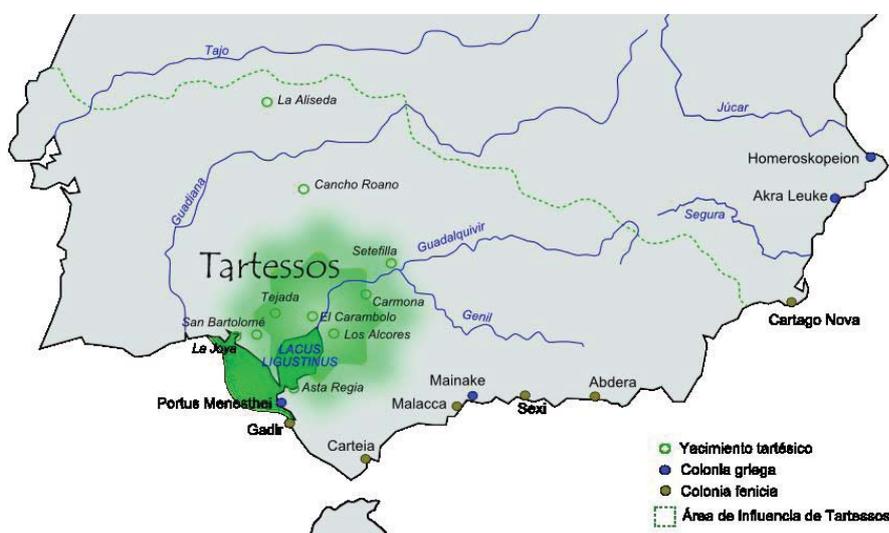
Hoy aceptamos por norma que las explicaciones simplistas similares a las mencionadas no suelen resultar correctas y, más bien, se tiende a caracterizar dicho fenómeno como a la expansión progresiva de determinados individuos, grupos y formas culturales que en cada caso pudieron tener unos elementos u otros. Estos individuos que eran portadores de una serie de elementos culturales tales como sus armas o sus rituales funerarios (quizá los dos elementos más conocidos de los Campos de Urnas) pudieron adoptar diversas expresiones a lo largo de su expansión por la Europa templada. Una banda de mercenarios, contratados por un asentamiento en conflicto con su población vecina, también puede servir para explicar la aparición en una determinada área de un tipo de espada característica de este horizonte. La búsqueda de nuevas rutas para la práctica de la trashumancia también nos puede servir para explicar la infiltración de pequeños contingentes de gentes en regiones en principio alejadas de sus focos de origen.

Esta progresiva infiltración cultural también se detecta en el levante y el sur, así como en áreas que posteriormente fueron regiones plenamente iberizadas. Los Campos de Urnas penetraron por los Pirineos dejando una serie de artefactos registrables arqueológicamente que nos indican una presencia en todo el área de la meseta norte y centro teniendo también un especial arraigo en Cataluña, el Valle del Ebro y el Norte de la Comunidad Valenciana, zonas todas ellas en el que este componente centroeuropeo quedará progresivamente eclipsado por el proceso de iberización que comentábamos más arriba. Pero, pese al progresivo retraimiento de los Campos de Urnas en el nordeste de la Península, algunos autores han recuperado

Ahora que sabemos a respecto de la formación cultural y humana de la Península Ibérica a partir de la unión de diferentes pueblos que habitaban la región como celtas, cartagineses y griegos, cuyo resultado fue la aparición de la gente conocida como Ibérica, vamos a leer un fragmento del texto *Consideraciones en torno a los Tartessos y el origen de la cultura ibérica*, del investigador Lorenzo Abad Casal.

CONSIDERACIONES EN TORNO A TARTESOS Y EL ORIGEN DE LA CULTURA IBERICA

La arqueología protohist rica de la Península Ibérica ha gravitado desde antiguo en torno a un problema capital: Tartessos. Las fuentes literarias nos transmiten que en el SO. de la Península existía una avanzada civilización que en un determinado momento entra en contacto con los pueblos colonizadores y que va a ser fuertemente influida por ellos. El problema ha consistido desde siempre en la identificación de esa cultura, de sus restos materiales, y en la diferenciación de los productos importados y de los hechos sobre el terreno, por los propios colonizadores o por los indígenas.



Región habitada por los tartessos. Fuente: <https://soygeohistoria.wordpress.com>

De todo ello se han ido derivando muchos problemas, cuya solución dista mucho de estar próxima. Uno de los más complejos es el de la denominación de las distintas facies culturales que encontramos. Las fuentes literarias nos hablan de un mítico imperio, Tartessos, del que conocemos incluso el nombre de algunos de sus reyes. En un determinado momento de su historia, este Tartessos entra en contacto co~ navegantes orientales y los

acoge favorablemente; fenicios y griegos se van a beneficiar de sus riquezas y se las van a disputar ferozmente. El problema surge de inmediato: ¿Qué es lo tartésico? ¿A qué se puede llamar con este nombre?

Por tanto, si en el área que las fuentes clásicas asignan a Tartessos existe una facies cultural uniforme, diferente de las demás de la Península, con unos elementos propios que van a pervivir o se van a transformar en el Tartessos «clásico», ¿por qué no darle ya este nombre? ¿Por qué no llamar tartésica a la cultura del Bronce Final en el SO. peninsular? Ello facilitaría las cosas y evitaría el tener que llamar pretartésico y prototartésico a períodos que no son sino las primeras fases de una cultura. Es algo que ya se ha hecho en otras culturas; así, por ejemplo, para la Creta de la Edad del Bronce hablamos de un Minoico Antiguo, Medio y Reciente y no de un preminoico o protominoico; los elementos principales de esta cultura se encuentran ya en su fase más antigua, aunque las influencias exteriores, su impacto en Creta y el propio desarrollo interno de la civilización cretense harán que el Minoico Reciente II sea muy diferente del Minoico Primitivo I.



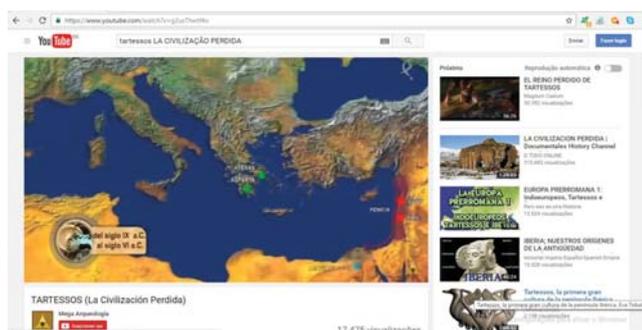
Vasso tartesso de Valdegamas. Fuente: <https://commons.wikimedia.org>

Algo parecido ocurre con la cultura del Mediodía de la Península Ibérica a lo largo del Bronce Final y del Hierro, que hemos denominado tartésica, utilizando un término consagrado por las fuentes literarias y que debe corresponder a esta realidad concreta histórico-cultural. Se trataría, pues, de una cultura que arranca de los inicios del Bronce Final, quizás como consecuencia de la fermentación que un germen oriental produce sobre las poblaciones autóctonas. Como todas las culturas, tiene un período de formación -éste al que nos hemos referido- y luego va experimentando una evolución que en parte está determinada por su propio desarrollo interno y en parte por los aportes de los distintos pueblos colonizadores

que, atraídos por la riqueza minera (¿y agrícola?) de la región, van a confluir en ella desde distintos puntos de partida. Tendríamos así una serie de períodos, de fases, dentro de una misma cultura. Cuál sea en concreto esta periodización es imposible de definir hoy día, pues los datos de que disponemos son escasos. Valga como anticipo el hecho de que comienzan a perfilarse dos períodos correctamente definidos: uno geométrico, al que corresponderían la cerámica pintada tipo Carambolo, la de retícula bruñida y las estelas decoradas o, al menos algunas de ellas que, como la de Ategua, recojan una tradición anterior y la reinterpreten a la luz de los nuevos aportes; y otro orientalizante, en el que las influencias orientales se hacen, como en el resto del Mediterráneo, muy intensas. En este momento, Tartessos va a experimentar una fuerte orientalización y a sufrir profundos cambios, pero todo ello hay que englobarlo dentro de una cultura ya formada y que hundía sus raíces en los años finales del segundo milenio. Tartessos no es, pues, el período orientalizante de Andalucía, sino algo mucho más amplio y complejo del cual aquél es sólo una fase.

Disponible en: ARCHIVO ESPAÑOL DE ARQUEOLOGIA Volumen 52.-1979.-Números 139-140 C. S. I. C. - MADRID, 1979 (texto adaptado)

¿Vamos a ver un video? Mira en nuestro ambiente virtual de aprendizaje el video *La civilización perdida*. Después de leer el contenido de esta clase y ver el vídeo sugerido, redactar un texto expositivo sobre la importancia de los tartessos en la Península Ibérica.



Video disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=g2usThwtf4o>

Atención a las características presentadas. Los “Tartessos” fue el nombre por el que los griegos conocían a la que creyeron primera civilización de Occidente. Posible heredera del Bronce final atlántico, se desarrolló en el triángulo formado por las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz, en la costa suroeste de la península ibérica, durante el Bronce tardío y la

primera Edad del Hierro. Se presume que tuvo por eje el río Tartessos, que pudo ser el que los romanos llamaron luego Betis y los árabes Guadalquivir. Influyó sobre las tierras del interior y el Algarve portugués. Los tartessos desarrollaron presumiblemente una lengua y escritura distinta a la de los pueblos vecinos y, en su fase final, tuvieron influencias culturales de egipcios y fenicios

COMENTARIO DE LA ACTIVIDAD

Con el objetivo de realizar la actividad, el alumno debe realizar una investigación detallada observando la importancia de los pueblos antiguos que habitaban la región, de los descubrimientos arqueológicos de artefactos artísticos. Una vez que conocer la historia de la formación del mundo ibérico será de gran importancia para la conservación de la cultura tradicional de los pueblos antiguos, como ibéricos, tartés, cónicos y celtas, entre otros, pioneros en la formación cultural de la región.

ORGANIZANDO LAS IDEAS...

A partir de todo lo que viste en esta clase, haz un resumen de 05 a 07 líneas exponiendo todo lo aprendido y qué novedades agregaste a tu conocimiento sobre la historia de la península ibérica.

CONCLUSIÓN

Ahora conocemos cómo ocurrió la formación cultural y humana de la península ibérica a partir de la unión de diferentes pueblos que habitaban la región como celtas, cartagineses y griegos, cuyo resultado fue la aparición de la gente conocida como ibérica. En este curso, nos centramos solamente en la historia de la antigua Iberia, en particular, en los pueblos que habitaban tal región.



RESUMEN

En esta clase nosotros conocimos sobre la historia antigua de la península ibérica y los principales pueblos que habitaban la región Ibérica antes de la invasión romana en torno al año 218 a.C. Esta lección posibilitó aumento gran conocimiento a respecto de la contribución artística de los antiguos habitantes de la región ahora comprende Portugal, España y Andorra.



AUTO-EVALUACIÓN

Al fin de esta clase: Buscar un poco más sobre la historia de la antigua Iberia, en particular a las personas que habitaban la región (presente en la actualidad Portugal, España y Andorra) antes de la invasión romana, que se inició el año 218. C. Después de la investigación, escriba un texto argumentativo mostrando la importancia de los antiguos pueblos que habitaron la región.



PRÓXIMA CLASE

En la próxima clase vamos a conocer sobre la expansión musulmana en la Península Ibérica. En el año 711, grupos provenientes de Oriente y del Norte de África (árabes, sirios y bereberes), de religión musulmana, al mando de Tarik, derrotaron al rey visigodo Don Rodrigo en la batalla de Guadalete. Empezó así la dominación árabe de la Península Ibérica que se prolongaría durante ocho siglos, hasta 1492, momento en que el último rey nazarí rindió Granada a los Reyes Católicos.

REFERENCIAS

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARQUEOLOGIA. Volumen 52.-1979.-Números 139-140 C. S. I. C. - MADRID, 1979.